



PURITITA BASURA

Un tratado un poco espeso

Texto e imágenes:

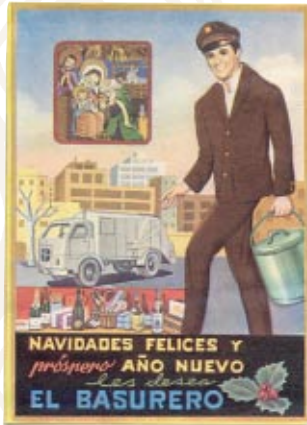
**Mundo
Brujo**

“Sin basura no podríamos vivir”.
Gustavo Bueno, filósofo español.

“Lo que falta es un buen bidón de aire puro / y natural y de cerveza / De tocino y de salchichón / leña seca y carbón / una menda y un colchón / es una mierda este Madrid / que ni las ratas pueden vivir”.
Leño, grupo de rock urbano.

Cuántas veces, pero cuántas veces, le va a tener que repetir su anciana madre, la parienta o incluso su compañero sentimental del mismo sexo y de origen caribeño: “Un día de estos, voy y te tiro toda esa basura que tienes ahí acumulada, que al final vamos a salir ardiendo todos”, o “Ya veréis cómo cogemos la lepra y el cólera”, seguido de un chillido histérico y un desvanecimiento. Estas personas, en su cortedad, no comprenden hasta qué punto puede ser imprescindible conservar nuestras colecciones de palillos higiénicos usados y la de discos *Música Maravillosa para Gente Maravillosa*, junto al ejemplar de la Constitución Española y los restos de la empanada de fletán del último cumpleaños celebrado en solitario. Y esto, ¿por qué? ¿Por qué **Reginald Perrin** tenía una tienda de objetos inservibles que se llamaba *Basura*? ¿Hasta qué punto esa manía de seguir las enseñanzas de **Diógenes de Sinope**

AKA **El Perro** nos ha convertido en semejantes pedazos de cínicos y de cerdos? ¿Por qué se insistía hasta la saciedad desde el *Poder* en que las heces del *Caudillo* tenían *forma de melena*? ¿De dónde sale esa cochina costumbre de considerar que los detritus, las sobras, la inmundicia, la porquería, los residuos, la morralla, la ful en suma, no son dignos de conservarse? ¿Por qué hemos de roearnos de enormes cantidades de basura para poder mantener nuestra estabilidad emocional y ser completamente felices, no necesitando ver a nadie, viviendo por fin como unos cerdos en armonía con el cosmos? Porque, precisamente, en eso consiste este precioso silogismo. Y viene a ser lo mismo. Reparen si no, cacho guarros, en las culturas que se consideran de forma universal las más avanzadas espiritualmente: uno, cuando se acerca por las calles de Cachemira o Puerto Príncipe a recibir la Iluminación y el consejo definitivo de algún gurú, chamán bramánico o hechicero, se acerca generalmente mareado por los efluvios del propio chamán, quien, en lugar de a santidad, huele como un auténtico demonio, teniendo que esquivar entre una nube de moscas deposiciones humanas y animales, animales propiamente dichos, personas muertas por ahí tiradas, restos de Vishnu sabe qué... Es decir, una especie de estercolero entre sustancias orgánicas e inorgánicas, restos kármicos y zombies todos ellos, que al hombre occidental, aún no siéndoles en absoluto desconocidos, en un principio no los va a asociar con ninguna clase de Divinidad, por muy exótica y cachonda que esta sea, por mucha **Serpiente Kundalini** que haya, ni tampoco con un paso importante en el camino hacia la Perfección. ¿Qué conclusiones podemos sacar entonces de todo esto? ¿Que cuanto más sabio, más espiritual y más bueno es el hombre, más guarro, más sucio y más espeso ha de estar si quiere mantener la sintonía con Dios? ¿Que la mierda, la porquería producida por el hombre y el universo son parte consustancial a él mismo y no han de ser ocultadas ni despreciadas? Pero nos estamos poniendo demasiado trascendentales. Mejor que hagan caso a sus parientes, esos que se parecen tanto a **Mr Clean**... y cojan con nosotros la bolsa de la basura y bajen a rebuscar en los desperdicios de la calle. Ya verán qué maravillas encontramos de la manera más tonta...



LA BASURA ESPAÑOLA

Como ya hemos demostrado sobradamente, la basura es inherente a las personas y a las épocas. Y pásmense, ¡también un poco al nivel de desarrollo del actual estado del Capitalismo! Veamos por qué. Es que no hace falta ni remontarse a La Edad Media, ni siquiera a la Revolución Industrial. Con sólo retroceder unos cuarenta años, vamos a descubrir que nuestra basura de entonces (la española, claro), era lo más parecido a la clase de desperdicios que se generan en los países del orgullosamente conocido como Tercer Mundo (ahí sí, con la misma basura desde la época de **Conan el Bárbaro**, que, a bote pronto, es lo más antiguo que se nos ocurre en lo relativo a culturas primigenias).

Esta basura española, este *finstro* resultante de aquellos tiempos sería ahora de un altísimo valor ecológico, al ser en su práctica totalidad lo que llamamos pomposamente "residuos de naturaleza orgánica", es decir, heces, animales y personas en descomposición, restos de huesos, boniatos, fragmentos de madera, adobe, arcilla y cascotes, junto a papeles de periódico manchados de cacafuti y algunas colillas. Imaginen como un campo de abono con un burro muerto comido por las hormigas, dos raspas de pescado y unas mondas de patatas. Una basura a lo Carpanta. Una basura cristiana.

Con la llegada del Desarrollo en la década de los sesenta, ya se podrían encontrar además en esos vertederos de dios, atención, objetos manufacturados incluso por el hombre: alguna muñeca rota con las cuencas vacías, el somier con los muelles oxidados, las latas de sardinas y el aceite del utilitario. Según vamos avanzando en esta escala evolutiva de la basura, podemos ir recogiendo de los vertederos un caldo más rico, más ciber: jeringuillas, bolsas de plástico, apósitos y prótesis, materiales radiactivos... todos no biodegradables. Y la estrella del progreso en el basurero contemporáneo: las tazas de inodoro, (y no las placas de circuitos que imaginamos), que marcan un antes y un después en este cúmulo de porquería histórica. Todo ello lo aseguramos desde el más absoluto conocimiento de la materia, porque hemos estado allí, amigos, rebuscando. Algo así como lo que sucedió en Springfield (Kentucky), cuando **Homer** se convirtió en el responsable de la basura de la ciudad, enterrando todos los desperdicios bajo tierra, lo que obligó al pueblo a trasladarse de sitio, casi como pasó en Coruña... Sí, como cualquier persona, que en un momento de su vida, siente la necesidad de ir a un vertedero a purificarse, de la misma manera que se va a visitar al **Viejo de la Montaña**. La serie **Fraguel Rock** nos había enseñado que cuando tuviéramos un problema, fuéramos a consultar con la sabia **Montaña de la Basura**, que resolvería todas nuestras cuitas. Eso hicimos nosotros: personarnos en el vertedero de **Valdemingómez**, el primero de España y uno de los más importantes del mundo, en cuanto a biodiversidad y toneladas de horror. El imponente complejo residual cuenta con dos áreas bien diferenciadas: la **Montaña del Horror Orgánico de la Izquierda**, y la **Montaña del Horror Casi No Orgánico de la Derecha**. La primera, como ustedes ya comienzan a imaginar entre arcadas, y no, no se parece a nadie, es sólo apta para estómagos fuertes o libidos muy extraviadas, o para los desgraciados que tengan que vivir cerca de dicho averno. Unas masas enormes de podredumbre viva y coleando, soltando gases letales producidos por la materia en descomposición, repleta de criaturas escatofagas (ratas, moscas, cucharachas, una fauna que le puede transmitir enfermedades bíblicas, como la fiebre tifoidea, el dengue, la tña, la peste, la disenteria, la erisipela, el virus Hanta o la rabia), mientras unos empleados parecidos al hombre manejan unas excavadoras con las que remueven la basura y van haciendo montañitas de caca siguiendo un orden preestablecido. El olor es fuerte, amigos escatofilos. Y con un puntito apocalíptico ligeramente afrutado.



La Segunda Montaña es más llevadera. Aunque en algunos puntos puedan encontrar carteles con la sentencia **Hazardous Waste** y a continuación varias fosas sépticas salvajes de pilas en descomposición y fluorescentes lanzando señales tóxicas, seguro que a ratos les recordará la intimidad de su dormitorio, a ratos el vertedero de la **Estrella de la Muerte**, y en otros momentos puede sugerirles cierto parecido con el interior de su cabeza. Entre amasijos de hierros, plásticos, cables, maquinarias, monitores, CPUs, mobiliario de oficina, aparatos sanitarios y electrodomésticos, junto a otros residuos humanos, incluso más tradicionales, como los obsoletos **Estatuto de los Trabajadores** y la **Ley de Partidos Políticos de 1977**. Tras el shock de encontrar, por ejemplo, esos dos muelles roñosos que nos faltaban para montar la estantería de **La Galería del Coleccionista**, esa dentadura postiza que casi nos encaja bien y ese preservativo *no limits* que nos faltaba en nuestra colección, y mientras mordisqueamos esa pieza de fruta no podremos del todo que hemos disputado a los gusanos, contemplamos con satisfacción los estratos y estratos de basura acumulada, en la que siempre buscamos obsesivamente la presencia de ese algo que nos perteneció, como una tiritita o nuestra primera compresa, y nos preguntamos ¿qué pensarán los simios arqueólogos del futuro cuando contemplen semejante cosa? Allí, subidos al ponerse el sol, como el Viejo Rey

de la Montaña, pensamos que toda aquella inmundicia nos pertenece. Incluso **la Incineradora** es parte de nosotros, y si no, algún día todo será nuestro, ya que seremos Uno con el Todo. Este pensamiento profundamente *escatológico*, a lo mejor producto de los humores que emanan del vertedero, en realidad no nos lo hemos inventado siquiera, sino que es una reflexión muy antigua y muy bonita sobre la basura y los residuos, la materia, al fin y al cabo. Esa que nunca se destruye, sino que se transforma de aquella manera en la que están ustedes pensando... Efectivamente, la basura sideral también existe. Concretamente, orbitan sobre nuestras cabezas los restos de miles de artefactos lanzados al espacio desde los años cincuenta, generalmente de la marca CCCP o US, y también hay alguna esvástica y media luna que otra, que de vez en cuando caen con gran aparato en el Tercer Mundo, incluida la extinta Unión Soviética, pero por simple cuestión estadística, no vayamos a pensar en conspiraciones mundiales de la peor calaña... Eso sí, el día que nuestro país tenga una presencia más importante en la estratosfera, entonces sí que se va a ver basura espacial... Rianse de La Escoba Espacial.

EL SÍNDROME DE DIÓGENES

Tranquilos, que no les venimos a hablar de un jugador de fútbol brasileño especialmente guarro, ni de un cantante latino de higiene dudosa. No, venimos a hablar de una cosa mitológica que es muy importante (sic.). Se trata de la historia de un griego de esos que dedicó toda su vida a 1) No hacer absolutamente nada y 2) Vivir hecho un Adán, cubierto con un trapo inmundito dentro de una tinaja de la que nunca salía, ni para hacer sus necesidades, mientras, sin duda sofocado en su hábitat, se dedicaba a filosofar cosas muy bonitas y muy sabias, como una especie de **Sócrates** enloquecido. Por ejemplo, mientras se autoerotizaba de forma compulsiva y reincidente, a la vista de todos en la plaza pública, decía: "¡Ojalá se calmara el hambre también con frotarse la barriga", convirtiéndose así en el primer pajero contracultural.

En los banquetes de Corintia le tiraban las sobras al suelo, y él se acercaba a recogerlas a cuatro patas, mientras meaba encima a los comensales, de ahí lo de Perro.

Pero no crean que Diógenes fue un caso aislado de persona alienada que se encierra en un agujero hediondo y lo toma como su casa, sino que llegó a tener su propia Escuela, suponemos que con sus discípulos metidos en barriles y más abandonados incluso para hacerle la pelota. Este tipo de comportamiento que entraña tamaña sabiduría ha llegado hasta hoy. Raro es el día que no aparece en los noticiarios el caso de algún filósofo cínico del extrarradio que ha sido desalojado por los bomberos y la policía, a petición de los vecinos menos cínicos, por acumular durante años toneladas de desperdicios en su domicilio, valiéndose únicamente para subsistir de los tradicionales y filosóficos cartones de vino **Don Simón**, de lexatines y de pelar gatos. Tras estudiar detenidamente los cuadros clínicos de estos modernos Diógenes, hemos llegado a la horrible conclusión que muchos de nosotros (de ustedes) somos un grupo de riesgo, que puede padecer esta enfermedad en la vejez. O a lo mejor, ni siquiera hay que esperar tanto.

Verán por qué lo decimos: el candidato a padecer el bendito síndrome es un sujeto que, atención qué cosa más familiar, no consigue nunca tener relaciones sociales satisfactorias, con lo que se va aislando cada vez más. Otros factores que no ayudan a resolver el problema son el rechazo de los demás hacia el

* Nota: los autores hacen aquí un juego de palabras intraducible entre "escatológico", referente a las creencias de ultratumba, y "escatológico", referido a los excrementos y suciedades.

sujeto, que es generalmente una persona estresada por las penurias económicas, su minusvalía y la soledad. Ya ven cómo caminamos todos por el filo de la navaja. Como se asegura en el indispensable **Ancianos, Soledad y Animales de Compañía**, el síndrome "está caracterizado por aislamiento voluntario, inobservancia de las normas sociales convencionales de convivencia, higiene, cuidado del hogar o vestido, ruptura de las relaciones sociales, actitudes de indiferencia o de hostilidad hacia el entorno, carencia del sentido del ridículo y descuido personal absoluto". Seguro que ya están identificando mentalmente estos comportamientos con algunas fascinantes partes de su personalidad y las de sus amigos. Si además añadimos estos otros síntomas: apatía, desinterés, falta de iniciativa y de *insight*, abuso de alcohol, ideas paranoides, y a menudo incontinencia de esfínteres, ya ven qué vejez nos espera con una "Demencia Frontotemporal de Predominio Frontal" tan guapa. Hemos de advertir, como detalle histórico, que el Diógenes de la mitología no era dado precisamente a acumular basura, pero sí los cachivaches, como aquella famosa lámpara de aceite con la que solía salir por las noches a asustar a sus convecinos, y por supuesto, a despreciar todas las normas de higiene y convivencia social, de ahí el cínico nombre del síndrome y del filósofo del tonel. Pero lo cortés no quita lo valiente.

Ejemplos Concretos:

"No había duda que el causante de ese terrorífico espectáculo era una persona enferma. Era difícil de creer que un ser humano pudiera vivir allí. Por todas partes se veían montañas de basura y desperdicios, cajas de cartón, latas vacías, herramientas oxidadas, excrementos, revistas pornográficas, de terror y de anatomía humana, chicles pegados en las tazas y una dentadura sobre el mantel de la mesa..."
El hogar de **Ed Gein**.

El párrafo anterior no es una descripción más o menos cruda de la habitación de ustedes, sino de la cabaña del célebre icono pop, que ha dado lugar a tantas historias y tantos imitadores. Pero aquí no venimos a juzgar las aficiones y los hobbies que tenga cada uno, sino más bien a preocuparnos por el Síndrome de Diógenes que también padecía el popularísimo artesano y criminal. Sin llegar a estos extremos de celebridad, tenemos el caso también entrañable de **Don Antonio**, más conocido en la localidad madrileña de San Sebastián de los Reyes como **El Rata**, un anciano que había llegado a acumular en su vivienda unicelular la bonita cantidad de ciento cuarenta toneladas de basura a lo largo de cuarenta años de busca indiscriminada: "Una decena de pilas de cocina, un coche Gordini de los años 60, 200 paraguas, sillas, piscinas infantiles, hierros retorcidos, un motocarro... Residuos y desperdicios de todo tipo", necesitando, atención, treinta camiones para desalojar los materiales acumulados, y tardando quince días en sacar los 810 metros cúbicos de desperdicios. Don Antonio gritaba, mientras iba siendo reducido por los loqueros camino de la ambulancia, mientras pugnaban por inyectarle un Haloperidol XXX forte plus, que lo que él quería era construirse otra casa y para ello iba acumulando material como tablones y ladrillos, además de deposiciones humanas, bolsas de basura y restos de comida. Las labores de desescombro fueron, como pueden imaginar, escalofriantes. Para empezar, Don Antonio había excavado (¿con una cuchara?) una especie de pasadizo para acceder al chiscón a modo de cueva donde hacía la vida. Los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, que, al fin y al cabo, para eso están, se negaban en redondo a descender al interior del círculo infernal donde filosofaba Don Antonio. Los probos basureros municipales, conocidos en la actualidad como

“funcionarios del Área de Medio Ambiente” fueron los encargados, entre exabruptos y rehusos, de abrir paso entre las enormes cantidades de desperdicios, valiéndose de una pala mecánica también de enormes dimensiones. Pero oigamos el testimonio histórico de una vecina: “Fijese si habría porquería que los operarios encontraron una lata de sardinas arenque tan podrida que tuvieron que cogerla con una máquina porque no se podían ni acercarse a ella”. Otro testigo avisaba: “No se acerque, que hay chinches”. Los heroicos empleados del Ayuntamiento aseguraban, en el descanso para comer el bocadillo, que “Se han saneado las tuberías y ahora tenemos que dejarlo aparente, pero en los cuartos no entramos, da repelús”.

De todas maneras, aun siendo el caso pintoresco, para qué negarlo, la vivienda de El Rata era un chalet de 270 metros cuadrados, donde estas debilidades son siempre un poco más llevaderas. La cosa se pone un poquito más difícil en los hábitats habituales de la mayoría de los Diógenes; es decir, ancianos que viven solos con una pensión escandalosamente ridícula, en una infravivienda de 35 metros cuadrados, enmarcada en uno de los logros del chabolismo vertical y la aluminosis. Estos ancianos chiflados, quizá Diógenes a la fuerza, más bien por las circunstancias vitales que por una importante decisión filosófica, pierden la cabeza y arrastran con ellos a toda la comunidad en su chifladura. Imaginen los lectores pobres que en su bloque viviera una anciana en el piso de abajo, sola, con las facultades mentales muy descacharradas, y que vagara por las escaleras con un camisón mugriento, la toquilla y unas zapatillas gigantes de *Pirolin*, dando gritos y metiendo en su casa todo lo que encontrara por la calle, al tiempo que no sacara nunca la basura. Bien... Ya se pueden hacer una idea, por lo tanto, creemos que han aprendido lo que es el Síndrome de Diógenes y lo que va a ser su vejez. Pero también se puede llegar a ser todo un Diógenes desde la militancia activa, lo que en este caso podríamos denominar *Síndrome de Diógenes de Preso Político*, ejemplificado en aquel (y aquí hay que ser muy cuidadosos ahora con lo que se piensa) miembro del Ejército Republicano Irlandés quien, recién detenido en 1979, se negó a lavarse y ponerse la ropa que le daba La Corona Británica y, no contento con esto, embadurnó las paredes de su celda con sus propios excrementos. Lo que no sabemos es cuánto tiempo permaneció así, y si hay película con **Daniel Day-Lewis**, pero de lo que sí estamos seguros es que este comportamiento no debió ser un hecho aislado...

“GUARRERIDAS ESPAÑOLAS”

“No sabía qué hacer, podía vernos alguien, pero eso me daba a la vez más morbo: hacerlo con una chica que no conocía de nada dentro del contenedor de la basura”.
(historia pornopajera en Internet).

Y con esto no nos referiremos a la tradicional dejadez corporal a la hora de realizar el tradicional coito, qué va, qué va, para qué mentar esos espolones negros, esas crespas pelambreras, esas... cosas que se ven por ahí, o medio se intuyen a la luz fantasmal de la Pilarica fosforescente. El caso es que los estudios reflejan que el español es un europeo que va como los chorros del oro, nada que ver con otros países más avanzados en lo social, donde la higiene personal es quizá menos escrupulosa. Pensamos en *Down at The Tube Station at Midnight* o en aquellas deliciosas francesitas de las que supimos aquel verano... Pero no nos vayamos por los cerros de Úbeda, porque lo que se trata es de esa clase de personas que, para hacer el amor, necesitan rodearse de basura o bien engorrinarse con ella. Este comportamiento, por extraño que nos

parezca, está muy poco estudiado, ni siquiera en los miles y miles de tratados sobre parafilias a cuál más bizarra que abundan en Internet. Por ejemplo, si buscamos en la Red las palabras *basura + hacer el amor*, sólo podemos encontrar unas muy discutibles entradas sobre *Aborto, Homosexualidad, condena de o* bien espantosos chistes de **La Veneno, Eva Sannum y Bibí Andersen**. Pero estudios serios sobre esta disfunción no existen como tales, ya que se la considera una patología inconcebible, pero sin embargo mucho menos inusual de lo que parece.

Todos hemos oído hablar de historias sobre personas muy extraviadas, enemigas del agua y el jabón, a quienes les produce una excitación muy bonita y muy erótica el hecho que su pareja no se cambie con demasiada frecuencia (o nunca) de ropa interior. Que les encanta que su partenaire lleve unos graciosos churretes por la cara y otras partes del cuerpo. Paradójicamente, nosotros y ustedes luego somos muy escrupulosos, y montamos un cristo en cuanto vemos un vello púbico en nuestro *Big Mac*, o un lamparón ocre en las sábanas de la pensión... Luego van a ver *Intimidad* y les pone que la pareja protagonista se pase la película simulando, muy verazmente, eso sí, que hacen el amor en un apartamento lleno de basura...

La parafilia en sí consistiría en rebozarse en basura al tiempo que mayormente uno se autoerotiza pensando en guarrerías, tal como se afirma sin tapujos en la indispensable revista modernilla *While You Were Sleeping*, estos *niditos de amor*, como gustan de llamar los aficionados a sus catres y dependencias amatorias, como un tal **Chucko** nos cuenta, es una actividad generalmente triste y solitaria, puesto que resulta difícil encontrar un alma gemela en la basura, y ni siquiera las profesionales, (incluso ni los travestis), se prestan a hacer el amor en estas condiciones. También confiesa sentirse avergonzado tras el alivio residual y corre a quemar toda esa podredumbre sobre su cama, lo cual reconoce que también le excita bastante al cabronazo. El bueno de Chucko todo esto lo achaca a un recuerdo de la infancia, cuando, de niño, fue a sacar la basura y en el momento de vaciar los cubos y experimentar el indescriptible hedor que emanaba de ellos, vio a través de la ventana a sus padres haciendo salvajemente el amor. Y de ahí, ya... una forma de vida.

El caso de **Chacha** es también conmovedor. En un acto de devoción conyugal sin límites, esta mujer se pone para el acto sexual, y a petición expresa de su costilla, unas bragas muy pasaditas, requisito indispensable para la erección del libertino guarrerías que está detrás de todo esto. Como extra bonus, Chacha es capaz de perfumarse el cuello y las muñecas con el liquidillo que se forma en la bandeja de descongelación del frigorífico. La respuesta de Mr. Chacha es, según su señora, “virtually indescribable (His heightened sexual response)”, como en la canción de **Robert Palmer**.

Más retorcido aún es el caso de **San Martín de Porres**, AKA *Fray Escoba*, el santo de color acerca de que, posiblemente en una lectura lacaniana de su comportamiento, podríamos entender unas pulsiones latentes conectadas con el amor desmedido por la sumisión y el fetichismo más extremo, todo en un contexto hipermasculino de religiosidad, propio de cualquier santo varón que se precie. **San Juan de Dios**, *El mendigo de Granada*, sería otro campeón de los goces místicos entre la basura y los detritus, tanto orgánicos como inorgánicos. Y del amor entre los hombres. Tela marinera, porque la lectura de los pasajes más bonitos de su hagiografía, si lo sacamos de su contexto, más bien parecerían extraídos del *Fetish Times* o de las Memorias de **Bob Flanagan**. Lo mismo se puede decir de personas profundamente religiosas al tiempo que

Botar **BASURA** en lugares inadecuados produce enfermedades



Hablar de la **Basura** no es un desperdicio



un poquito chifladas, como el bizarrote **Padre Damián de Molokai, San Francisco de Asís** “Cuando pienso en la paciencia infinita de mi señor Jesucristo siento ganas de llorar, y unas ganas locas de que me echen encima barro, piedras, polvo, perros y blasfemias. Sería el hombre más feliz del mundo” los **anacoretas** del desierto de Siria, aquellos que vivían en la copa de un árbol o en cuevas de dimensiones ridículamente exiguas, donde no se podían ni mover, entre el pequeño espacio y sus residuos... El cenit de la más ruda ascesis guarrindonga fue alcanzado por los monjes-pastores que según el historiador **Sozomeno** vivían a la intemperie caminando en cuatro patas como los animales y alimentándose de hierbas que pacían a la manera de las ovejas y obrando como tales. Suponemos que calientes... Como caliente, sin duda, estaría siempre **Santa Catalina de Siena** que gustaba de tomar una taza de pus de los enfermos terminales. Pero ya lo decía San Agustín “Todos nacemos entre el excremento y la orina”.

No crean que estos excitantes ejemplos de la *pandilla basura* y los curillas raritos y tarambanas son tan extraños como pudieran parecer al leerlos. Por lo visto, una encuesta federal sobre el lugar preferido para mantener relaciones sexuales de los ciudadanos daba un sorprendente resultado: el 70% de los encuestados afirmaba que su sitio ideal sería la opción número 4, es decir, “among mounds of suburban and industrial trash at the local dump”, muy por encima de otras opciones, como en un lecho de rosas de **American Beauty**, en un *Resorte del Amor* o en una playa al amanecer, como en el póster de nuestra celda de pajero.



En nuestra sociedad, sin embargo, y aunque cualquiera lo sospecharía, la basura es considerada un tabú y queremos que desaparezca de nuestra vista como por arte de birlibirloque. Por lo tanto, estos fetichistas de la inmundicia son los verdaderos y orgullosos herederos de los sabios de la Antigüedad, los niños de Diógenes. Pero no hace falta ser tan norteamericano, ni echar mano de encuestas extranjeras para ilustrar esta íntima comunión entre Amor y Basura. Sin ir más lejos, aquí, de toda la vida, las parejas han tenido sus interludios amorosos en el marco de lo que se conoce como *descampado español*, que consiste en un lugar robado a la naturaleza, plagado de residuos de toda clase y con unas condiciones higiénicas inexistentes o nulas. Una cosa como la Casa de Campo madrileña o La cuesta del Polvo, unos lugares donde generaciones y generaciones de gente de muy escasos recursos han jugado de pequeños con los desperdicios que por allí encontraban, y han descubierto a lo mejor su sexualidad en un colchón abandonado, hallando entre los desperdicios un surtido de 500 vibradores usados que alguien tiró por equivocación, y teniendo su primer comercio sexual sobre un cartón en un poblado marginal, lo que se conoce ahora como *Supermercados de la Droga*. Pero permitánnos que acabemos este apartado con una vivencia propia: en nuestro particular descenso al infierno de Valdemingómez, pudimos comprobar cómo en el último círculo, correspondiente a los desechos hospitalarios que por allí yacían a la intemperie (aquí les dejamos unos instantes para que dejen volar a su imaginación), paseaban o deambulaban fantasmagóricos grupos de personas que se podían identificar como familias, familias de otra etnia bien diferenciada y alguna que otra pareja de enamorados, que sin lugar a dudas, cuando cayera el sol, encontrarían alguna utilidad en las camillas de obstetricia abandonadas y en los guantes de látex usados. Lamentablemente, puesto que no nos dejaron, al final no nos quedamos a comprobarlo, como bien sabe dios nos hubiera gustado. Aún años después, en la soledad de nuestra celda, seguimos recordando aquel olor dulzón a naranjas podridas y la visión de aquellas parejas (y aquellas familias) bajo la montaña de basura a la luz de la luna... Y nos sentimos Basura en llamas.